

¿Es posible fomentar el desarrollo humano a través de la literatura?

José de Jesús Vargas Quezada
Ricardo Sigala Gómez

Un mundo sin literatura sería un mundo sin deseos ni ideales ni desacatos, un mundo de autómatas privados de lo que hace que el ser humano sea de veras humano: la capacidad de salir de sí mismo y mudarse en otro, en otros, modelados con la arcilla de nuestros sueños.

Mario Vargas Llosa en su discurso de recibimiento del Premio Nobel de Literatura

Introducción

El objetivo de este ensayo es explorar, a modo de aproximación, las relaciones entre literatura y desarrollo humano. Las reflexiones posteriores parten de una suposición fundamental: la literatura puede fomentar el desarrollo humano. Explorar la validez de este postulado requiere pensar en dos de los objetivos esenciales de este constructo psicológico humanista, específicamente la empatía y la comprensión de lo humano, los cuales creemos que pueden potenciarse, fomentarse y/o promoverse mediante la literatura.

Fomentar la empatía a través de la literatura

En su libro *Entre personas*, Tomeu Barceló (2008) señala que los “seres humanos estamos destinados a vivir con otros seres humanos, a convivir,

a relacionarnos con otras personas y a compartir nuestra experiencia con los demás” (p. 18). Algo similar postula Aristóteles (1988) en su *Política*: “el hombre es un ser social” (p. 50). Con estos precedentes puede afirmarse que la sociabilidad es una condición indispensable para la subsistencia del ser humano en el mundo. Sin embargo, tal como señala más adelante el mismo Barceló (2008), el modo en que entablemos esta relación con los demás nos afecta de forma positiva o negativa, pues “lo que somos, en realidad, tiene que ver con las interacciones que establecemos y con aquellas de las que participamos” (p. 20).

En este sentido, las relaciones de índole positiva entre un yo y un otro tienen que estar determinadas por la empatía; es decir, por la búsqueda de una conexión humana cuyo rasgo definitorio esencial sea tratar de comprender al otro. ¿Para qué? Para aproximarnos sin prejuicio a su universo emocional, no con el fin de ponernos en su lugar –como habitualmente se dice– sino para lograr –quizá siempre tentativamente– un entendimiento de su situación. Algo semejante reflexiona Barceló (2008) cuando dice que la “empatía viene determinada por la comprensión profunda del otro en el marco de la relación interpersonal. Consiste en captar el proceso experiencial del otro y moverse en él de manera familiar” (p. 198).

Epistemológicamente, la palabra empatía está compuesta de dos elementos: la raíz *epathón* –o *επάθον*– que es sentir y el prefijo *-εν-* que es una preposición cuyo significado es dentro. Como es evidente, el proceso empático incluye en sí mismo una sustantiva impronta emocional; sin embargo, no puede limitarse sólo a esa dimensión afectiva. Con ciertas teorías psicológicas recientes algunos autores han acentuado el componente inteligible de la empatía, es decir, han reivindicado la comprensión antes que la identificación emotiva. Entre ellas, específicamente la perspectiva de M. H. Davis postula un enfoque integrador¹, en el que los dos ámbitos –el emocional y el intelectual– se unen en un mismo constructo psicológico. De su división recupero la denominada categoría de la “fantasía”, que es esa tendencia a identificarnos con los personajes ficticios.

Si aceptamos que la empatía es un componente fundamental para conseguir una adecuada relación con los otros, ¿cuál es uno de los canales que nos permiten generar esta capacidad? Una respuesta ya es identificable en

¹ Para comprender con mayor detalle la idea de empatía según M.H. Davis puede consultarse el artículo “La empatía: ¿un concepto unívoco?” de Adriana Patricia Muñoz Zapata y Liliana Chaves Castaño: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5527454.pdf>

la obra mencionada de Aristóteles (1988), quien señala que el hombre es un animal social porque es dueño del lenguaje:

Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indícarla unos a otros. Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad. (p. 50)

Por tanto, siguiendo al sabio de Estagira, el lenguaje, esa red de términos que traduce en un código común nuestras emociones y nuestro pensamiento, es uno de los canales o puentes para habilitar el inevitable nexo social entre un yo y un otro. Se puede derivar de este supuesto que la construcción de una comunidad requiere, más que la expresión de palabras elementales y puramente utilitarias, una comunicación empática, gracias a la cual reconocemos la experiencia vital de los otros: sus deseos, sus necesidades, sus miedos. La cita de Aristóteles, además, reivindica el contenido ideal de las palabras, esto es, su capacidad para referir valores y nociones que van más allá del ámbito real o empírico. Podemos afirmar que el lenguaje es la materia con la que los seres humanos construimos el mundo social.

Borges señaló que toda palabra –si tiene algún contenido semántico racional– remite a una experiencia compartida. Es por este carácter colectivo y especular que el lenguaje puede evocar emociones y permitir una comprensión intelectual a través de las palabras pronunciadas por un otro. Ahora bien, si el lenguaje fomenta la empatía y ella fomenta a su vez adecuadas relaciones humanas, ¿es posible potenciar esa capacidad innata a través de los textos literarios, tomando en cuenta que Aristóteles, en su *Poética*, postuló que la literatura es el arte de imitar la realidad mediante la palabra? El argumento más simple para responder esta pregunta es el siguiente: si la literatura imita el mundo, si es una suerte de reflejo de las cosas y de los seres humanos, cuando leemos obras literarias podemos vivir de un modo virtual –provisorio si se quiere– muchas otras vidas y por tanto vincularnos empáticamente con esas experiencias. Aunque el argumento es válido, su contenido no indaga a fondo en el aspecto

empático, pues lo da por supuesto. En *La literatura en peligro*, Tzvetan Todorov (2017) señala:

La literatura puede hacer mucho. Puede tendernos la mano cuando estamos profundamente deprimidos, conducirnos hacia los seres humanos que nos rodean, hacernos entender mejor el mundo y ayudarnos a vivir. No es que sea ante todo una técnica de curación del alma, pero, en cualquier caso, como revelación del mundo, puede también de paso transformarnos a todos nosotros desde dentro. (p. 84)

Pensando todavía desde parámetros aristotélicos, pues la revelación del mundo es una suerte de postura poético-mimética, Todorov reivindica la condición benéfica de la literatura. Declara su capacidad para aligerar los males de nuestra vida, ayudarnos a vivir y transformarnos interiormente. Pero sobretodo aquí nos interesa resaltar la reflexión “conducirnos hacia los seres humanos que nos rodean”. Interpretamos ese conducirnos –del latín *conducere*, formado por *cum*, “con”, y *ducere*, “sacar” o “guiar”– en el sentido de que la literatura puede acompañarnos en el proceso de vincularnos emotiva y cognitivamente con los otros.

La literatura favorece, entonces, la empatía. Los contenidos de las obras literarias casi siempre son más que un entretenimiento superficial. Alberto Manguel (2019), en su artículo “Leer literatura puede hacernos mejores”, señala que:

La literatura no parece tener una obvia utilidad, pero la ciencia ha demostrado que la tiene. Leer literatura, una actividad que muchos consideran ociosa o inútil, posee un valor social invaluable: nos hace más empáticos, más dispuestos a escuchar y entender a los otros. Las ficciones nos enseñan a nombrar nuestras angustias y también cómo enfrentar y compartir nuestros problemas cotidianos. (párr. 3)

Una de las ideas de Manguel es “entender a los otros”, esto es, comprenderlos a través de la palabra escrita. Esa es una de las funciones principales de la literatura. Por eso leer es también un modo de generar empatía y por tanto establecer relaciones adecuadas –tal vez armónicas, si se nos permite el adjetivo– con nuestros semejantes. En términos literarios, la empatía se produce debido a la identificación del lector con las emociones e ideas que se desprenden de la lectura –Paul Ricoeur denomina este proceso como apropiación, en el sentido de que es el lector quien se apropia del significado del texto.

Ahora bien, aceptando el hecho de que la literatura es un motor de la empatía, llegamos a un punto difícil de definir, pues en virtud del rigor académico debemos plantear qué entendemos por literatura, cuáles son sus características esenciales y cuáles sus rasgos accidentales. El debate ya lleva siglos y las respuestas son numerosas y lógicamente distintas entre sí. Sin ánimos de resolver esta cuestión en unas pocas líneas, para los fines de este trabajo retomaremos la definición de literatura que postula Jesús G. Maestro (2017) en su *Crítica de la razón literaria*:

La Literatura es una construcción humana y racional, que se abre camino hacia la libertad a través de la lucha y el enfrentamiento dialéctico, que utiliza signos del sistema lingüístico, a los que confiere un valor estético y otorga un estatuto de ficción, y que se desarrolla a través de un proceso comunicativo de dimensiones históricas, geográficas, políticas y sociales, cuyas figuras fundamentales son el autor, la obra, el lector y el intérprete o transductor. (p. 126)

De esta definición nos interesa retomar dos elementos: el valor estético y el proceso comunicativo de dimensiones sociales. Los contenidos estéticos de la literatura responden a la cuestión del cómo se expresan las ideas en el texto literario. El proceso comunicativo de dimensiones sociales, por otra parte, es precisamente la condición material para que se genere la empatía entre el lector y las personas, entre un yo y un otro; en otras palabras, es el escenario social donde sucede esa interacción con las personas. Pero, ya concretamente, ¿por qué la lectura de obras literarias es capaz de convertirnos en seres más empáticos? ¿Cuáles son sus atributos inmanentes, sus rasgos poéticos, sus mecanismos para generar esa conexión? ¿Qué características debe tener ese código a través del cual podemos adentrarnos en el universo interior de los otros?

Una respuesta a estas interrogantes radica en el *cómo* de la literatura, esto es, en la manera en la que un escritor modula su discurso, utiliza figuras retóricas con determinados fines, articula la disposición de su texto, dota de un ritmo singular a su escritura e inviste de una particular atmósfera semántica a su obra. Pero también en el *qué*, es decir, en las ideas que están objetivadas en el texto literario, los llamados contenidos lógicos y conceptuales, los cuales pueden tocar temas capitales de la condición humana, como el amor, la muerte, el sufrimiento, el poder. La articulación indisociable del *cómo* y el *qué* en un determinado texto literario es lo que permite incentivar en la mente del lector ciertas emociones y/o

ciertas ideas sobre el mundo y las personas. Así, al identificarse con el texto, el lector puede tender lazos comprensivos hacia otros seres humanos implicados de algún modo en una situación real que coincida con la del texto. Entendida de esta manera, la empatía es un proceso reflexivo, en el sentido de que el lector puede ver reflejada en el texto literario una imagen de sí mismo y de los otros.

Para ejemplificar esta respuesta, analicemos someramente un fragmento del *Libro del desasosiego* de Fernando Pessoa (2013), intentado identificar el funcionamiento de algunos de los mecanismos antes referidos. Vayamos a la novela:

Tuve grandes ambiciones e ilimitados sueños –pero también los tuvo el mozo de los recados o la costurera, porque sueños los tiene todo el mundo: lo que nos diferencia es la fuerza de conseguirlos o el destino de conseguirse en nosotros. En sueños soy igual al mozo de los recados y a la costurera. Sólo me diferencia de ellos el saber escribir. Sí, es un acto, una realidad mía que me diferencia de ellos. En el alma soy su igual. (p. 30)

Hablando aparentemente de sí mismo, Bernardo Soares² también habla de los otros. Sujetos deseantes e idealistas, muchas personas pueden encontrar algún eco de sí mismos en este fragmento. El discurso está modulado desde un yo que se reconoce imperfecto. De Bernardo sabemos que ha fracasado al menos en algunas de esas “grandes ambiciones”, pero al mismo tiempo inferimos que ese fracaso lo comparte con muchos otros. En este reconocimiento late un componente fundamental de la naturaleza humana. Por eso como lectores podemos comprender y empatizar, no sólo con la condición específica de Bernardo Soares, sino también con la experiencia de muchos individuos, quienes, en sus intentos vitales, sus impulsos idealistas, sus imposibles entelequias, han encontrado el fracaso. El mismo Soares sugiere una razón: tal vez por falta de fuerza y empeño (algo humano también) o quizá por circunstancias ajenas y azarosas (“el destino de conseguirse en nosotros”, añade el prosista).

² Es de conocimiento general, al menos entre quienes nos dedicamos a la literatura, el hecho de que Fernando Pessoa es un autor que construyó su obra mediante una serie de heterónimos. Este procedimiento literario consiste, en el caso del escritor portugués, en la creación efectiva de personajes-autores diferentes que escriben textos distintos y hasta contrapuestos. Para una comprensión más cabal de este tema, consúltese el siguiente artículo: “Géneros literarios y representación del mundo: los heterónimos de Fernando Pessoa”.

¿Cómo negar que aquí no sólo está el alma de Fernando Pessoa, sino también de una buena parte de la humanidad? ¿Cómo negar que Soares, al referir sus pensamientos, también está describiendo lo que somos?

Por otro lado, en ese fragmento existe el reconocimiento del otro. Contrario a una opinión común, escribir no aparece en el discurso de Soares como un atributo de alguna élite intelectual o como algo que nos inviste de un aura superior, sino simplemente como una capacidad accidental que nos hace diferentes en apariencia, pero que en el fondo no nos aparta de la esencia que todos compartimos: “En el alma soy su igual”, escribe Pessoa a través de su heterónimo.

Pensando en la dimensión de las relaciones humanas desde el punto de vista de la psicología humanista, Barceló (2008) reflexiona certeramente acerca de un proceso empático similar: “lo maravilloso es que cuando experimentamos este lugar tan personal y tan nuclear percibimos que estamos conectados profundamente con el otro y en relación con todo lo existente. Vivenciamos aquella gran aseveración de Carl Rogers que significaba aquello de “lo más personal es lo más universal” (p. 201). Aquí podemos establecer un símil. La literatura siempre que nos muestra aspectos profundamente personales de un sujeto ficticio al mismo tiempo nos habla de lo universal, de esas experiencias que compartimos como seres humanos y nos vinculan emotiva y cognitivamente.

Fomentar la comprensión de “lo humano” a través de la literatura

Son legión quienes han intentado definir “lo humano” desde una u otra perspectiva. En su *Metafísica*, Aristóteles (1994) expresa que los animales viven “gracias a las imágenes y a los recuerdos sin participar apenas de la experiencia, mientras que el género humano [lo hace], además, gracias [...] a los razonamientos”. Para Aristóteles, entonces, lo que nos convierte en humanos radica en el *logos*, es decir, en la razón como una capacidad humana que se desarrolla en el curso de la vida.

Sin embargo, Aristóteles no contempla explícitamente el ámbito emocional. Será hasta el siglo XVIII que David Hume, en su *Tratado de la naturaleza humana*, explore la dimensión de las emociones en el capítulo III, titulado “De las pasiones”. Según el inglés, la emoción es un componente esencial con el que los seres humanos se relacionan con el

mundo; es, incluso, la condición previa del acto reflexivo (Hume, 1984). Para los fines de este trabajo diremos que el ser humano es un ser racional y emocional al mismo tiempo.

Pero tanto la razón como la emoción se manifiestan siempre con una determinada intencionalidad. El hombre piensa y siente, regularmente, en función de un determinado rumbo. La intencionalidad puede ser de dos tipos: consciente e inconsciente. La pulsión imaginada por Sigmund Freud es ejemplo de una intencionalidad inconsciente; la búsqueda de autorrealización de Carl Rogers es ejemplo de una intencionalidad consciente.

En su artículo “La naturaleza del hombre”, Rogers (1990), desde su experiencia terapéutica, desconfía de quienes dicen que el hombre es básicamente “hostil, destructivo o malo”, de quienes niegan toda naturaleza humana predeterminada y la reducen a una tabula rasa en la que puede imprimirse cualquier cosa y de quienes insisten en que somos un ser esencialmente perfecto, “tristemente desviado y corrompido por la sociedad” (p. 29). El psicólogo norteamericano más bien reivindica otra perspectiva del ser humano:

En mi experiencia he descubierto que el hombre tiene características que parecen inherentes a su especie, y los términos que en diferentes ocasiones me han parecido descriptivos de estas características son tales como positivo, que se mueve hacia adelante, constructivo, realista o digno de confianza. (pp. 29-30)

Más adelante, Rogers señala que ha llegado a conocer profundamente al hombre gracias a que ha establecido con sus pacientes una relación que se caracteriza por “todo lo que puedo dar de seguridad, ausencia de amenaza, y completa libertad para ser y escoger”. En ese contexto afable, los individuos –según Rogers– pueden manifestar su verdadera naturaleza:

Mi experiencia es que [el hombre] es miembro de la especie humana básicamente digno de confianza, cuyas características más profundas tienden hacia el desarrollo, [...] cuyo carácter total es tal que tiende a preservarse y a mejorarse y a preservar y mejorar su especie, y tal vez a conducirla hacia su más amplia evolución. [...] ser totalmente un ser humano es penetrar en el complejo proceso de ser una de las criaturas de este planeta, más ampliamente sensible, responsiva, creativa y adaptable. (p. 31)

Ahora se puede interpretar a Rogers en función de la comprensión de eso que, a falta de un término más preciso, denominamos ahora como “lo

humano”, comprensión que puede encontrar en la literatura una herramienta poderosa. Si para Rogers el hombre está impulsado por una intencionalidad determinada por el desarrollo, por la búsqueda de mejorar su especie, por penetrar (se entiende comprensivamente) en esa criatura sensible, responsiva, creativa, adaptable, esto es, compleja, ¿acaso aspirar a conocer más de “lo humano”, a través la literatura, no es un modo de fomentar el desarrollo humano?

En este sentido, consideramos que leer literatura fomenta el desarrollo humano tanto del lector como de quien pueda resultar influenciado indirectamente por el hábito provechoso de éste. ¿Por qué? Porque aspirar a comprender “lo humano” mediante la literatura nos parece uno de los fines más loables del hombre y además un motor fundamental del desarrollo de una sociedad.

¿Pero qué es “lo humano”? ¿Y qué es, por tanto, “lo no-humano”? Sin ánimos de resolver estas cuestiones todavía abiertas, que son de esa clase de preguntas necesarias pero que no requieren una respuesta unívoca ni taxativa, es preciso brindar una definición provisional, que fundamente las siguientes opiniones de este ensayo. El filósofo Roberto Esposito (2012) señala que la característica básica del hombre es transformar todo el tiempo nuestra propia naturaleza. De aquí se deriva que no existe un modelo inmutable de “lo humano”, pues esta idea se transforma incesantemente. El hombre se caracteriza porque vive modificando su entorno y transformándose a sí mismo en el proceso, añade el filósofo. Sin embargo, “lo humano”, desde esta perspectiva, se nos presenta como una idea amplísima, en la que parece caber el conjunto de los fenómenos, pues a fin de cuentas no solamente “lo humano” cambia sino también el mundo –en su totalidad– está en perpetuo cambio y transformación (Heráclito *dixit*).

Nos gustaría iniciar la reflexión siguiente con un adagio latino: “Soy un hombre, nada de lo humano me resulta ajeno”. El proverbio tiene una implicación de aspiraciones universales, pues sugiere empatía y comprensión hacia la diversa condición humana. Terencio, al decir esto, está afirmando que todas las experiencias, emociones y situaciones que enfrentan las personas son relevantes y significativas para él, independientemente de si las ha vivido personalmente o no. Por otro lado, ya en una perspectiva general, el proverbio nos recuerda que los seres humanos compartimos una experiencia común y que nuestras

luchas, alegrías, temores y aspiraciones son en alguna medida universales. Terencio nos invita así a reconocer la conexión inherente entre todos nosotros. Declara que nuestras diferencias individuales no nos separan fundamentalmente de los demás, sino que todas las experiencias humanas son parte de una sola experiencia compartida. Esta sería una noción provisional de “lo humano”.

Ahora bien, establecido el concepto, ¿cómo la literatura puede contribuir a comprender con más criterios y perspectivas “lo humano”? En su libro *Cómo leer y por qué*, Harold Bloom (2000) señala:

Leemos en profundidad por razones variadas, la mayoría de ellas familiares: porque no podemos conocer a fondo suficientes personas; porque necesitamos conocernos mejor; porque requerimos conocimiento, no sólo de nosotros mismos o de otros, sino de cómo son las cosas. (p. 24)

Con esta reflexión el crítico literario declara uno de los objetivos principales de leer literatura: comprender, conocer, no sólo a los otros o a nosotros mismos, sino también cómo es la realidad externa. Lógicamente esta comprensión es un fenómeno complejo, en el sentido de que deben atenderse los procesos de interrelación entre las figuras fundamentales aducidas en la definición de Jesús G. Maestro: “el autor, la obra, el lector y el intérprete o transductor”. En *Cómo leer un libro*, el filósofo Mortimer Adler (2001) expresa:

Un buen libro sí ofrece una recompensa a quien intenta leerlo, recompensa que puede ser de dos clases. En primer lugar, el mejoramiento de la destreza lectora [...], y en segundo término –mucho más importante a la larga–, que puede enseñarle al lector algo sobre el mundo y sobre sí mismo. Aprende algo más que a leer mejor; también aprende más sobre la vida, adquiere sabiduría. No sólo conocimientos, que pueden conseguirse también con los libros que no ofrecen sino información. Adquiere sabiduría, en el sentido de tener una conciencia más profunda de las grandes verdades de la vida humana (p. 336).

A juicio del filósofo, un lector puede aprender, a través de la literatura, “algo sobre el mundo y sobre sí mismo”, “sabiduría” y una “conciencia más profunda de las grandes verdades de la vida humana”. En el Canto I de la *Divina comedia*, Dante, descendiendo por una pendiente, declara ante una sombra que aparece en el camino: “¿Eres tú aquel Virgilio y esa fuente/de quien brota el caudal de la elocuencia?/—le respondí con

vergonzosa frente—./De los poetas el honor y ciencia,/válgame el largo estudio y gran amor/con que busqué en tu libro la sapiencia” (p. 9). El poeta declara haber buscado la sabiduría en los textos de Virgilio, tal como nosotros pretendemos encontrar alguna sabiduría en la literatura.

Consideramos que la literatura puede ayudarnos a comprender ciertos rasgos esenciales de la condición humana a través de esa sabiduría que, gracias a la acumulación de libros leídos, podemos construir. Pero ¿qué es la sabiduría? ¿cómo podemos comprender su naturaleza y su función? Bloom decreta: “la literatura sapiencial nos enseña a aceptar los límites naturales”. En un tenor similar, Tzvetan Todorov (2017) señala:

La literatura, más densa y más elocuente que la vida cotidiana, pero no radicalmente diferente, amplía nuestro universo, nos invita a imaginar otras maneras de concebirlo y de organizarlo. Todos nos conformamos a partir de lo que nos ofrecen otras personas: al principio nuestros padres, y luego los que nos rodean. La literatura abre hasta el infinito esta posibilidad de interacción con los otros, y por lo tanto nos enriquece infinitamente. Nos ofrece sensaciones insustituibles que hacen que el mundo real tenga más sentido y sea más hermoso. No sólo no es un simple divertimento, una distracción reservada a las personas cultas, sino que permite que todos respondamos mejor a nuestra vocación de seres humanos. (p. 17)

La literatura, que aparece en este fragmento como una realidad densa y elocuente, amplía nuestra conciencia del entorno y de los otros seres humanos. Nos invita a convertirnos en individuos más conscientes y complejos. El fragmento de Todorov subraya, además, cómo la literatura actúa como un medio esencial para comprender “lo humano”, pues la califica como “más densa y más elocuente que la vida cotidiana”, es decir, a juicio de Todorov, la literatura ofrece una profundidad emocional y reflexiva que trasciende las experiencias diarias. Al ampliar nuestro universo, la literatura nos expone a diversas perspectivas y situaciones. De este modo, enriquece nuestra comprensión de la condición humana. Por otro lado, al reivindicar el hecho de que nos conformamos a partir de la relación con otros, Todorov muestra cómo la lectura potencia la interacción social, lo que en definitiva nos permite aprender y crecer a través de las vivencias de personajes variados. Esta capacidad para generar “sensaciones insustituibles” es un atributo específico del lenguaje literario y se refiere a que existen ideas –sobre el mundo, sobre los otros– que sólo

pueden transmitirse a través de la literatura; en otras palabras, sólo podemos comprender cierta zona de la realidad a través de las obras literarias.

Por otro lado, la literatura es una ventana a la diversidad. Encontramos en ella tantas voces, tantos modos de percibir una realidad, tantas maneras de definir una situación, que la literatura aparece como una experiencia de lo diverso. A través de los libros, podemos entender que el ser humano es una especie compleja y que no puede encapsularse en un molde preestablecido. La literatura, en este sentido, nos permite ampliar nuestra conciencia de “lo humano” desde el punto de vista de la diversidad. Este tema es complejo y precisaría una reflexión con mayor detalle, pero ahora diremos que, desde los poemas homéricos hasta las obras contemporáneas, el ser humano ha encontrado en la palabra escrita un modo de explicarse su entorno y al mismo tiempo de captar algo de la diversidad del mundo. Desde la voz de Héctor podemos entender su valentía dominada por el honor del guerrero cuando Aquiles lo reta a combatir afuera de las murallas de Troya; siglos más tarde, podemos comprender la tristeza de Don Quijote cuando es vencido por el Caballero de la Blanca Luna; otros siglos después, en las páginas de *Anna Karenina* de León Tolstoi³ leemos cómo la protagonista, incapaz de afrontar el desasosiego causado por el descubrimiento de su infidelidad, se arroja a las vías del tren para darse muerte. Sirvan estos tres ejemplos para comprender, al menos desde una perspectiva amplísima, cómo la literatura puede ser un reflejo de la diversidad de emociones y situaciones ante las que los seres humanos se enfrentan durante su existencia. Esta diversidad de la literatura es el atributo que nos permite adentrarnos en las experiencias humanas más diversas y con ello comprender que el ser humano es una especie difícil de encasillar en una fórmula teórica y todavía más difícil de limitar a unos cuantos aspectos.

³ A continuación, compartimos las ediciones de estos libros y el capítulo en el que se puede hacer la lectura puntual de estos ejemplos. En el caso de la *Iliada*, consúltese la edición de Gredos (1991), desde la página 538 a 554, que es el “Canto XXII”, en el cual puede leerse el combate entre Héctor y Aquiles; en cuanto a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, léase el “Capítulo LXIV”, titulado “Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido”, que se encuentra en las páginas 1105 y 1109 de la edición de clásicos de Penguin Random House (2019); en el caso de *Anna Karenina*, consúltese el capítulo XXXI de la “Séptima parte” de la edición de clásicos de Penguin Random House, que se encuentra en las páginas 969 a 973.

Reflexiones finales

Con este ensayo pretendimos indagar en la relación entre literatura y desarrollo humano. Partimos de la premisa de que la literatura puede ser un motor para fomentar el desarrollo humano, especialmente a través de la empatía y la comprensión, dos elementos que se pueden potenciar, adquirir, promover mediante la lectura de obras literarias. Hemos argumentado que la literatura no solo enriquece nuestra experiencia individual, sino que también tiene el potencial de fortalecer las conexiones entre las personas. Así, podemos afirmar, tras esta breve excursión, que fomentar la lectura y el análisis literario contribuye de manera significativa al desarrollo humano en múltiples dimensiones.

En el segundo apartado –dedicado a la empatía– reflexionamos en cómo la literatura es un vehículo fundamental para fomentar el proceso empático, pues permite conectar profundamente –mediante un puente textual– con las experiencias de otros. A través de su capacidad para representar la condición humana y sus complejidades, las obras literarias nos invitan a explorar y entender universos emocionales ajenos, promoviendo un diálogo que trasciende el mero entretenimiento y la diversión inane. Este proceso empático, que integra tanto la dimensión emocional como la cognitiva, no solo enriquece nuestra comprensión del otro, sino que también fortalece las relaciones humanas, convirtiendo la lectura de obras literarias en un acto social y transformador. Así, la literatura se erige como una herramienta poderosa para fomentar una mayor empatía en nuestra vida cotidiana.

En el tercer apartado –dedicado a la comprensión como atributo complementario de la empatía–, exploramos cómo la literatura es también una herramienta esencial para fomentar la comprensión de “lo humano”. Establecimos que, al explorar la complejidad de la condición humana a través de diversas voces y experiencias, la literatura puede conducirnos a una mayor comprensión de las personas. Al integrar tanto la razón como la emoción, la lectura nos enriquece y nos brinda un tipo especial de sabiduría que es idónea para reflexionar sobre nuestra propia existencia y la de los demás. Este proceso no solo amplía nuestra empatía, sino que también contribuye al desarrollo personal y social, porque conecta nuestras vivencias con las de otros. En este sentido, la literatura se convierte en

un medio poderoso para apreciar la diversidad de la experiencia humana, promoviendo un entendimiento más profundo de lo que somos.

En su ensayo “La espina dorsal”, Ítalo Calvino (2013) señala que

Las cosas que la literatura puede buscar y enseñar son pocas, pero insustituibles: la forma de mirar al prójimo y a los demás, de poner en relación hechos personales y hechos generales, de atribuir valor a cosas grandes y a cosas pequeñas, de considerar los límites y vicios propios y los de los demás, de encontrar las proporciones de la vida, el lugar que ocupa el amor en ésta, así como su fuerza y su ritmo, y el lugar que corresponde a la muerte y la forma de considerar a ésta; la literatura puede enseñar la dureza, la piedad, la tristeza, la ironía, el humorismo, y tantas otras cosas necesarias y difíciles. Lo demás debe aprenderse en otra parte, en la ciencia, en la historia, en la vida, donde todos tenemos continuamente que ir aprendiendo. (pp. 22-23)

De esta manera tan sugestiva, uno de los grandes escritores del siglo XX decreta la especificidad del discurso literario. Nosotros, en función de los postulados que sostuvimos en este ensayo, queremos plantear una pregunta final: ¿cómo la reflexión de Ítalo Calvino, que se refiere a lo específico del discurso literario, a lo insustituible según sus propias palabras, puede vincularse con el desarrollo humano? No tenemos una respuesta única y tampoco definitiva, sin embargo, por ahora expresaremos algunas ideas a modo de conclusión: la relación entre el texto de Ítalo Calvino y el desarrollo humano radica en la capacidad de la literatura para fomentar una comprensión más profunda de la condición humana y de las relaciones interpersonales. Calvino defiende que la literatura enseña a mirar al prójimo, a relacionar experiencias personales con contextos más amplios, y a reconocer las diversas emociones y matices de la vida, como el amor, la tristeza y el humor, la dureza, el fracaso, la crueldad... Este aprendizaje literario es fundamental para el desarrollo humano, ya que promueve la empatía y la comprensión. Al explorar estos aspectos, las personas pueden desarrollar un sentido más amplio de sí mismas, de su lugar en el mundo y de su relación con los otros, lo que contribuye al desarrollo humano de las personas.

Referencias

- Adler, M. (2001). *Cómo leer un libro*. Editorial Debate.
- Alighieri, D. (1982). *Divina comedia* (traducción de Ángel Crespo). Seix Barral.
- Aristóteles. (1988). *Política*. Gredos.
- Aristóteles. (1994). *Metafísica*. Gredos.
- Barceló, T. (2008). *Entre personas: una mirada cuántica a nuestras relaciones humanas*. Desclée de Brouwer.
- Bloom, H. (2000). *Cómo leer y por qué*. Anagrama.
- Calvino, Í. (2013). *Punto y parte. Ensayos sobre literatura y sociedad*. Siruela.
- Espósito, R. (2013). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Herder.
- Hume, D. (1984). *Tratado de la naturaleza humana*. Ediciones Orbis.
- Manguel, A. (2019, 3 de marzo). Leer literatura puede hacernos mejores. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2019/03/03/espanol/opinion/literatura-empatia.html>
- Maestro, J. (2017). *Crítica de la razón literaria*. Academia del Hispanismo.
- Pessoa, F. (2013). *Libro del desasosiego*. Acantilado.
- Rogers, C. (1990). La naturaleza del hombre. En J. Lafarga & J. Gómez del Campo, *Desarrollo del potencial humano* (pp. 29-34). Trillas.
- Todorov, T. (2017). *La literatura en peligro*. Galaxia Gutenberg.